

la doctrina de la práctica, llena la cabeza de metamorfosis y de lugares comunes, impacientes por pasar de las vanidades de un mundo ideal en un todo á las realidades del foro y á la prosa de la vida, ávidos de ejercitar la habilidad adquirida, de proporcionarse honores, nombradía, placeres, de meter ruido, de rivalizar en lujo con los magnates, corrian en tropel á formular acusaciones como en tiempo de la república. También se arrojaron personajes de valía á esta senda abierta á la ambición y al talento; veíase entre ellos al gramático Junio Oton; que, empujado por Sejano á las filas de los senadores, se manchaba descaradamente con las más infames bajezas; Brucido, que, rico de ciencia hubiera podido elevarse á grande altura siguiendo el camino recto, se dió demasiada prisa en aventajar á sus iguales, luego á sus superiores, y por último á sí propio; Atorio, que encenagándose en el sueño ó en crápulosas vigiliat meditaba infames emboscadas contra los más nobles ciudadanos entre una partida de juego y una noche de libertinaje. Estos hombres, y aquellos que les imitaban, siguiendo la antigua costumbre, intentaban una acusación á todo el que resplandecía en primera línea por su gloria, por sus virtudes, por sus riquezas; pero habían cambiado los tiempos y los jueces: no brindaba ya la elocuencia como en lo antiguo, un elevado fin á las pasiones políticas y un ejercicio al arte oratorio; los odios que habían sobrevivido á la libertad, sugerían mil pródidas tramas, y las pruebas más leves se estimaban por bastantes, cuando así placía al soberano: se tomaba ocasión de las disensiones de las familias, y el hecho más mínimo se presentaba como un crimen de Estado. Desnudarse ó vestirse delante de una estatua de Augusto; satisfacer una necesidad natural ó entrar en un mal lugar con un anillo en el dedo, ó llevando encima alguna moneda con la efigie del emperador; una tirada de versos contra Agamenon en una tragedia, un elogio fúnebre de Druso escrito ántes de su muerte; la venta de un jardín en que se alzara una estatua de Augusto; haber preguntado alguno á los caldeos si llevaría á rey, y ser bastante rico para empedrar con plata la vía Appia, eran otros tantos delitos de lesa majestad; el de Cremucio Cordo

consistió en haber llamado en sus *anales* á Bruto el último romano.

Acostumbrados los ciudadanos á hablar alto en el Foro, y á desenvolver sus pensamientos en la conversacion y en su correspondencia, se vieron de repente cercados de espías: se puso freno á la palabra, hubo trabas para el pensamiento, y se prohibió derramar lágrimas por las víctimas hasta que uno mismo llegara á contarse entre el número de ellas. Pronunciar el nombre de libertad, equivalía á pensar en el restablecimiento de la república; el que echaba de ménos á Augusto reprobaba á Tiberio; se miraba como una prueba de conspiración el silencio; se interpretaban las palabras malignamente; la tristeza significaba descontento; la alegría, esperanza de alteraciones. Durante los días en que vacilaba en aceptar el poder, había tomado Tiberio nota de cada palabra, de cada hecho, de cada deseo de libertad que no se pensaba en disimular entonces, para convertirlos despues al hacer memoria de ellos, en delitos de lesa majestad y de Estado.

Tan luego como era blanco de una acusación un ciudadano, veía apartarse de su lado á sus amigos y á sus más próximos deudos, cual si fuera un apestado, con el temor de ser envueltos en su ruina. Nada de diferencia entre un extraño y un pariente, entre un amigo y un desconocido: no había delación infame á que no se entregaran presurosamente los principales senadores, ya á las claras, ya en secreto. Un hijo denuncia á su padre, y ya no se encuentran aquellos actos generosos que durante las proscripciones de Sila y de Octavio recuerdan todavía que se trata de hombres. En breve se acusó sin motivo de temor ó de esperanza, y sólo porque tal era la moda: hubo ciudadano que fué acriminado sin que se conociera el delito, condenándole sin que se averiguara la causa.

¿Qué esperanza de salvación podía quedar al acusado que comparecía ante senadores serviles, cómplices de los senadores ó trémulos de miedo, enemigos entre sí mismos, en frente de cuatro ó cinco acusadores, amaestrados en las escuelas á alegar y á retorcer argumentos, cuando nadie se atrevió á levantarse para la defensa, y cuando la tortura de los esclavos suplía á falta de otras pruebas? Seguro de que

no podía escaparse, aspiraba al ménos á tomar venganza de sus acusadores y de sus jueces, denunciándolos como cómplices suyos y obligándoles á la defensa, género de lucha que agradaba sobremanera á Tiberio.

Solamente le contrariaba ver á algunos sustraerse al suplicio, y por consecuencia á la confiscación, dándose muerte; así su grande habilidad consistía en coger á las gentes de improviso. Un reo se atraviesa con su espada, y los jueces son bastante viles para entregarle al verdugo; otro sorbe veneno delante de sus ojos y es enviado al patíbulo sin otra forma de proceso. Tiberio dice de Carnucio, que ha conseguido quitarse la vida: *Ese se me ha escapado*; se quejaba de que otro se había sustraído á su perdon; á otro que leuplicaba que acelerara su suplicio, le contestó de este modo: *Todavía no estoy bastante reconciliado contigo.*

Puede calcularse hasta qué punto estaban hollados todos los afectos que forman el encanto de la vida y alivian el peso del infortunio, cómo debía gangrenarse la llaga del egoísmo, cuando debía temer una traición cada cual por su parte. Por debilidad ó por pavor se doblan los romanos á la tiranía ó conspiran con ella, encontrándose aislados. Una vez dado el primer paso en este camino, es rápida la pendiente. El Senado, en cuyo seno se hallaban los que podían oponerse á Tiberio, se los entrega uno á uno, y cada cual está satisfecho de asegurarse á este precio su salvación propia. De este modo, en medio de tan universal disolución, se humilla la Roma de los Catones y de los Brutos, temblando ante un emperador que desprecia á todo el mundo, hasta á los aduladores, aborrece sin motivo y mata sin odio. En tan dilatado imperio era imposible la fuga; pululaba el campo de esclavos sedientos de ruines venganzas, y cada cual codiciaba la ocasión de apresar á un proscrito para libertarse á sí propio. Abatida la nación, desconfiada, llena de espanto, no podía buscar refugio en consoladoras creencias, cuando la religión había cedido el puesto á vergonzosas supersticiones, y especialmente á astrológicos ensueños; la filosofía depravada enseñaba argucias y sofismas; desesperaba con los estoicos ó se prostituía con los epicúreos. No quedaba, pues, otro recurso que arrancarse la vida, y jamás el suicidio fué

de tan frecuente y sistemático uso; ó tal vez se podía aún ahuyentar la reflexión y el miedo, engolfándose en los deleites y en un desenfadado lujo.

Gastado el anciano emperador por los desórdenes, es el primero en dar ejemplo; á pesar de lo temido que es en Roma, á veces tiene que pasar porque le echen en cara sus iniquidades; ya es un billete que le echan al paso, ya un murmullo que cunde por el teatro, ya el mustio silencio del pueblo. Cierto día profiere un reo antes de morir mil invectivas contra su persona; otra vez le cuenta un espía demasiado fielmente los horrores que le achaca Roma, y en que cree por ser verdad todo lo que se dice. Luego llegan á hastiarle las mismas bajezas de los senadores y de los cortesanos; intenta asociar con más libertad los dos elementos del paganismo, las crueldades y los deleites. Un islote, donde impiden acercarse infinitos escollos, cuya perspectiva se extiende por el mar en lontananza, desde donde se descubren las risueñas riberas de la Campania, Caprea, favorecida por un delicioso clima, es la residencia que elige el trémulo y amenazante emperador para su cárcel y paraíso. Allí le domina Trasylo á su antojo, y haciéndose intérprete de los astros, le aconseja que no torne á Roma. Una vez se aproxima á ella, y los tábanos matan á una serpiente de que ha hecho su favorita; lo toma por un aviso de que se preserve de toda clase de reuniones, y se engolfa cada vez más en su isla. Manda construir en aquel punto doce casas de recreo y consagra á un dios cada una de ellas; allí junta todas las delicias, termas, acueductos, arcadas que cruzan de una á otra colina. Cuando era simple particular ya le había deshonorado su libertinaje; ahora crea un mayordomo de sus placeres, da la pretura á un estupendo bebedor, que se echa á pechos una ánfora de un solo trago, y doscientos mil sextercios á Aselio Sabino por un diálogo en que las setas, los becafigos, las ostras y los zorzales se disputan la primacía. Pinturas licenciosas, escenas de un libertinaje monstruoso deben despertar en aquel anciano deseos ya amortecidos. ¿Rehusan los padres el honor de ofrecer sus hijas á las lubricidades imperiales? Allí hay esclavos y satélites para arrancarlas de su lado. Si el aspecto de su fealdad y de sus

úlceras sólo inspira á las mujeres repugnancia hácia aquella vejez afrentosa, Saturnino inventa refinamientos de placeres, capaces de provocar á la imaginación más lasciva; luego, á fin de no echar de ménos en Caprea las diversiones de Roma, investiga Tiberio, en plática con sofistas y gramáticos, cómo se llamaba Aquiles cuando estaba disfrazado de mujer en la corte de Scyros, quién era la madre de Hécula, cuál era el asunto habitual del canto de las sirenas. Pero por esto no debe haber ménos acusaciones, cadáveres y suplicios; tormentos los más exagerados arrancan á los acusados la confesión de crímenes que tal vez no han cometido, y en seguida son arrojados al mar los infelices. Inaccesible el emperador para todos, ni aun recibe cartas, si no pasan antes por mano de su ministro. Después de esperar vanamente por mucho tiempo, son despedidos los senadores que llegan á hacerle reclamaciones ó á rendirle homenajes. Un odio llega en su busca á consecuencia de su invitación reiterada, y el emperador, por distracción, por costumbre, le manda poner en el tormento.

Consejero ordinario del tirano para todas estas atrocidades era Elio Sejano, de condición mediana, de infames costumbres, vigoroso de espíritu y de cuerpo. Figuraba como prefecto del pretorio cuando empezó á disfrutar la privanza de Tiberio, no granjeándose su cariño, cosa imposible, sino prestándole importantes servicios, capaces de sonrojar á todo hombre honrado. Entre ellos fué urdida la pérdida de Agrippina, viuda de Germánico, que infundía recelos al emperador por la severidad de sus costumbres y por la tierna memoria que conservaba de su esposo: sin embargo, Tiberio no se atrevía á descargar sobre ella ningún golpe. Habiendo, pues, salido de Roma, recorrió la parte más deliciosa de Italia, y se retiró á Caprea, desde cuya voluptuosa isla escribió una carta ambigua al Senado, quejándose del orgullo de Agrippina, y del impudor de Neron, su hijo. El Senado vió la emboscada tendida contra la familia de Germánico, pero reflexionó en el aura popular de que gozaba, y ganó tiempo. Entonces llegan de Caprea reconvencciones, y al punto es desterrado Neron y encarcelado Druso, y no tardaron en morir ambos. Agrippina fué confinada á una isla, y cir-

culó la noticia de que se había hecho dar muerte

Luego que Sejano hubo sacado á Tiberio de Roma, la gobernó á su capricho. Merced á él, adquirió mucha importancia el empleo de jefe de los pretorianos, porque reunió á los soldados en un sólo campamento, lo cual les dió el poder de la unión; poder de que abusaron en lo sucesivo para poner y quitar emperadores. Disponiendo á su antojo de los empleos, le era fácil ganarse amigos, y hacia servir á su engrandecimiento á las principales damas, á quienes inducía á que le revelaran secretos de sus maridos, prometiéndolas casarse con ellas. Públicamente le llamaba el mismo Tiberio compañero de sus trabajos, permitía que se tributara culto á las imágenes de este favorito, poner su efigie en las banderas, y quemar cuotidianamente víctimas sobre sus altares.

Pero no basta el poder á Sejano; há menester las ventajas exteriores, y como vé á Druso, hijo de Tiberio, entre el imperio y su persona, seduce á Livilla, mujer del presunto heredero, y la obliga á envenenarle. Quitándose entonces la máscara, pide á Tiberio que se la otorgue por esposa. Desde entonces es heredero presunto del imperio, y Tiberio le odia, porque le teme. ¿Y cómo derribarle á pesar de todo cuando el imperio está en su mano? Empieza Tiberio por oponerle un rival en Cayo César Calígula, hijo de Germánico, querido del pueblo y de los soldados: después envía secretamente á Macron, tribuno de los pretorianos, con una carta dirigida al Senado en la que se queja de Sejano, y pasa á otra cosa; se remueven las quejas, y á esto siguen divagaciones sobre diferentes asuntos: más lejos se trata otra vez de Sejano, y las palabras que le atañen son cada vez más acerbas; llega la orden de condenar á muerte á dos senadores amigos del ministro, y en el momento en que, aturrido éste del golpe, no osa pronunciar una sola palabra en su defensa, oye que la carta acaba por mandar que él mismo sea preso.

No se hizo aguardar la ejecución por largo tiempo; sus amigos le dejaron en el abandono; rodeáronle pretores y tribunos para estorbar su fuga y fué insultado por el pueblo (31). Considerando Tiberio aquella prisión como un golpe de estado de la mayor importancia, no había

descuidado precaución alguna; había escrito al Senado que le enviara uno de los cónsules con una buena escolta para trasladarle á Roma, siendo un pobre viejo abandonado de todos. Había dado orden á Macron de poner en libertad al joven Druso y de presentarle como emperador al pueblo en el caso de que sobreviniera algún tumulto. Tenía ancladas naves para huir, y pasaba el día encima de las rocas para observar señales convenientes. Pero con el poder había cesado el fervor hácia el dios, hácia el emperador futuro. Ya Macron había comprado á precio de plata la connivencia de los pretorianos, que, en vez de defender á Sejano, se ponen á saquear á Roma, en tanto que el pueblo ceba su furia en el cadáver del execrado ministro.

Hasta el mismo Senado se aprovecha de aquella coyuntura para arrastrar á la muerte á algunos espías. Cuantos habían gozado la amistad de Sejano son blanco de persecuciones; se hace horrible carnicería en sus hijos, y prohibiendo la ley enviar al suplicio las vírgenes, su hija es violada por el verdugo antes de enviarla á la muerte.

Siempre propicio el pueblo á atribuir á los ministros las faltas de los soberanos, esperaba que muerto Sejano gobernaria Tiberio con más blandura. Al revés: se muestra más sediento de sangre; trata del mismo modo á amigos y á adversarios; tiene miedo al Senado, y cada día hiere á uno de sus miembros. Tiene miedo á los gobernadores, y después de haberlos nombrado, impide á muchos de ellos dirigirse á sus provincias, que de este modo quedan sin administradores; tiene miedo á los recuerdos y condena á muerte á muchos ciudadanos por haber derramado lágrimas (*ob lacrymas*); tiene miedo al porvenir y enviaba al suplicio niños de nueve años.

Arrastraban á la muerte los motivos más absurdos. Uno fué acriminado porque su abuelo había sido amigo de Pompeyo; otro porque los griegos habían adjudicado los honores divinos á su bisabuelo Teofano de Mileto. Un enano que solía divertir á Tiberio mientras se hallaba á la mesa, le pregunta cierto día: *¿Cómo es que aún vive Paconio, culpable de alta traición?* y Paconio es condenado á muerte á poco de este suceso. En suma, puede decirse que la historia

de aquellos años es el registro fúnebre de las familias ilustres de Roma; así se citaba como cosa rara que un personaje de alta categoría muriera en su lecho. Envolvíanse en las cadenas á mujeres y á niños; una vez mandó el emperador que fueran degollados todos los que estaban presos por el asunto de Sejano, y todos perecieron sin distinción de edad, condición ni sexo.

Sus cuerpos mutilados permanecieron muchos días tendidos en la vía pública custodiados por los verdugos, quienes denunciaban el dolor y la compasión.

Hasta la misma baja tenía peligro con aquel emperador siempre temible, ya estuviese de chanza, ya serio, y que quería ser adulado y despreciar á sus aduladores. Voconio propuso que veinte senadores por turno de lista, tomaran las armas y le hicieran la guardia siempre que asistiese al Senado, y logró que se burlara de su plan Tiberio, bien distante de querer armar á los senadores. Galion propuso conceder á los pretorianos veteranos el privilegio de colocarse en el teatro entre los caballeros, y queriendo hacerse agradable obtuvo sólo la cárcel y destierro, porque Tiberio dijo: *¿Con qué derecho le ocurre á ese determinar las recompensas que destino á mis guardias?* Decretan los cónsules solemnidades, acciones de gracias y votos con ocasión del vigésimo año de su reinado: Tiberio dice que con esto quieren dar á entender que se le prorogue la soberanía por otros diez años, y los condena á muerte. No había vileza á que se negara el Senado, y, sin embargo, temblaba de miedo cada vez que recibía del príncipe algunas de aquellas extrañas cartas, unas veces severas, halagüeñas otras, insidiosas siempre. Ora recordaba su clemencia por no haber expuesto en las gemónias á Agrippina y quería que se hiciera saber á la posteridad como había muerto dos años después de Sejano; ora suplicaba á los padres conscritos que obligaran á algunos de los antiguos cónsules á aceptar las provincias de que nadie quería encargarse, al mismo tiempo que impedía que los gobernadores nombrados se dirigieran á sus puestos. Luego pedía que fueran registrados los senadores antes de entrar en la curia, y que se le concediera una guardia para ir al Senado, donde no pensaba sentar su planta.

Conviene á lo ménos que, para consuelo de la humanidad, se sepa como él mismo tenía convencimiento de sus desafueros y del horror que infundía. Con efecto, hé aquí lo que escribía al Senado: *Si sé lo que he de deciros, háganme perecer los dioses y las diosas, todavía más cruelmente de lo que me siento desfallecer, de día en día.* Pero si los remordimientos le arrastraban á que no pudiera aguantarse á sí mismo, no le inspiraban sentimientos mejores; decía: *¡Maldiganme con tal de que me presten obediencia!* y se engolfaba en excesos que no podrian imaginarse, y mucho ménos describirse.

A pesar de todo cedia cuando encontraba firme resistencia. Acusado Marco Teremio de haber sido amigo de Sejano, se expresó entre los senadores de este modo:—Me sería más ventajoso negar la acusacion, pero, siguiendo opuesto camino, confesaré que he sido amigo de Sejano. Le ví disfrutar de la privanza del príncipe; sus amigos eran poderosos, sus enemigos estaba poseidos de miedo. Mis homenajes y los de los demas no se dirigian al conspirador, sino al yerno del soberano, á su representante en el gobierno de la república. Cúmplenos venerar á aquellos á quienes el emperador distingue, y no nos corresponde juzgarlos. Sería poco cuerdo querer escudriñar sus secretos designios.

Reflexionad, no en sus postreros dias, sino en los diez y seis años durante los cuales teniais á gloria ser conocidos por sus libertos y por sus porteros. ¡Sea castigado todo el que con su acuerdo haya urdido tramas contra la república! Yo seré absuelto de haber sido su amigo, puesto que por igual causa se absuelve á César—Y César admite su justificacion. Inculpado el general Getulio por haber querido casar á su hija con el hijo de Sejano, responde á Tiberio:—Me he engañado; pero tú te encuentras en el mismo caso: yo te soy fiel y continuaré siéndolo, en tanto que no me se haga víctima de algun desafuero: si consintiera en ser reemplazado, me creeria amenazado de muerte, y procuraré de consiguiente sustraerme á ella. Entendámonos: sé dueño de todo y déjame mi provincia.—En tales términos podia escribir un general al que hacia temblar á Roma y al mundo.

Consistia, y es fuerza repetirlo, en que Tiberio no debía su poder á instituciones fuertes y bien coordinadas, sino á la desunion de los demas, á la presteza con que sabia prevenir los propósitos de sus adversarios. Omnipotente dentro del círculo á que podian alcanzar sus verdugos, fuera de allí no ejercia accion ninguna.

El que se hubiera sublevado sin miedo en medio del general desmayo, le hubiera derrocado de seguro. Y él lo conocia; de aquí emanaba sus desconfianza recelosa, primer móvil de todos sus actos. Paseándose por la Italia sabe que el Senado habia despedido, sin oirlos siquiera, á muchos ciudadanos á quien él habia acusado. Cree que su autoridad se halla comprometida, en peligro su existencia y quiere volver á Caprea; mas le asalta la muerte en el camino (16 de Marzo de 37.)

Al pronto no dió crédito Roma á esta noticia, suponiendo que fuera alguna emboscada de los espías: luego cuando quedó confirmada, no tuvo límite el público alborozo, como si hubiera hecho revivir la libertad la caída de un tirano. No obstante, todavía reinaba su sombra, pues no pudiéndose ejecutar á los presos hasta que trascurrieran diez dias, segun el texto de un *senatus-consulto*, hallándose entonces algunos bajo el golpe de un sentencia en Roma, fueron extrangulados por respeto á la legalidad en atencion á que aún no se conocia al nuevo jefe del Estado, único que podia absolverlos.

Aquellos que piensan que la humanidad admite paliativos, tal vez invoquen en favor de Tiberio la liberalidad con que subvino en tiempos de carestía y de públicos desastres á las necesidades del pueblo. Un terremoto redujo á un monton de ruinas doce ciudades de las más florecientes de Asia: sus moradores quedaron sepultados entre escombros ó tragados por abismos; abismáronse montañas enteras, se alzaron otras de improviso, y los estragos se extendieron al Ponto, á la Sicilia y á la Calabria. Tiberio rescató de todo impuesto por espacio de cinco años á todos los países que habian padecido en tal desastre; envió sumas considerables para la reconstruccion de las casas, y diez millones de sextercios á los habitantes de Sardas, que le erigieron en agradecimiento una estátua colo-

sal, rodeada de figuras representando las doce ciudades socorridas. Antes de discernir elogios á semejante rasgo y á otros de la misma especie, conviene asegurarse de si eran inspirados por la política, por la necesidad de adormecer el descontento, ó bien por el desprecio de la humanidad que le impelia á servirse de ella como de un juguete, unas veces acariciándola y otras pisoteándola, segun su capricho. Además en la vida de un príncipe no se trata aisladamente de sus acciones, sino de su conjunto, examinando hasta donde ha influido en la suerte de su pueblo y del género humano. Bajo este aspecto, Tiberio acabó de destruir las barreras que habia dejado Augusto al despotismo: acostumbró al Senado y al pueblo á doblegarse dócilmente á los más absurdos antojos del soberano; extinguió los sentimientos que constituyen la dignidad del hombre y del ciudadano; pervirtió la conciencia pública, que á falta de otro apoyo, es la que sustenta y reanima los estados; inmolando á los mejores ciudadanos, deshonorando á los que dejaba con vida, haciendo ver que el Senado y el pueblo podia llevar la bajeza y el miedo hasta adorar á quien prodigaba el ultraje y la muerte, suministró la prueba de que no existía fuerza moral ninguna, y de que la fuerza material lo podia todo.

No habian permanecido ociosos los ejércitos durante su reinado. Hubo por mucho tiempo enemigos que combatir en Germania; pero las discordias suscitadas entre los diversos caudillos, sirvieron de más á Roma que sus propios aceros. Arminio fué muerto; Maroboudo, que habia infundido más terror que Pirro, que tomando el título de rey se habia despues hecho odioso á sus parciales, recurrió á la proteccion de Tiberio y vivió diez y ocho años en Rávena en un destierro sin dignidad. Tambien produjeron innobles ardidés la paz en Tracia, cuyo rey, enviado á Roma para justificarse, fué custodiado en destierro, y por último condenado á muerte.

Sublevados en Africa á la voz de Tacfarinas los numidas y otros muchos pueblos del desierto, fueron derrotados por Turio Camilo, pero volvieron á la carga, y batieron á su vez á los romanos; por último, Belaso alcanzó una victoria decisiva sobre Tacfarinas, y fué el último general que obtuvo el título de *imperator*.

Tambien fué el Oriente vivamente agitado por las disensiones que habia fomentado allí Roma, y que le importaba sofocar en aquel instante. Haciendo entonces Tiberio memoria de que durante su permanencia en Rodas, Arquelao, rey de Capadocia, le habia negado los homenajes á que aspiraba, le arrebató su reino. Llamado á Roma, no se libertó de la muerte sino fingiendo estar loco, y la Capadocia quedó agregada al imperio.

Insurrecciones sin objeto agitaron la Comajena, y la Cilicia, la Siria y la Judea. Por otra parte, se sublevaron la Galia y la Frisa; empuñaron los dacios las armas; por último, los partos ocuparon la Armenia. El emperador que primeramente se habia señalado á la cabeza de los ejércitos, no sólo se mantuvo distante de ellos, sino que sumido en las inmundas delicias de Caprea, no demostró vergüenza ni cuidado ante las afrentas padecidas por el imperio.

CAPÍTULO II.

Calígula.—Claudio.

Tiberio dejaba dos nietos: Tiberio Neron Gemelo nacido de su hijo Druso, y Cayo César, hijo de Germánico. Habíase trocado el inmenso dolor que el pueblo y el ejército habian sentido por la pérdida de Germánico en un ardiente amor hácia su hijo. Complaciábase los soldados en verle jugar con ellos, y le habian dado el nombre de Calígula, sacado del calzado militar (*caliga*), que se divertian en ponerle en sus piés. Tanta adhesion, hubiera bastado para atraerle el odio de Tiberio; pero el mancebo, consagró tan hondo disimulo á evitar todo el lazo y á adormecer su rivalidad, que el orador Pasierno pudo decir con certeza.—Nunca se vió tan buen esclavo, ni tan perverso amo.—Posteriormente debió Calígula á la mujer de Macron, que éste le abandonaba de buen grado, nutriendo una esperanza remota, gozar del valimiento de Tiberio, quien le declaró heredero del imperio en su testamento.

No se habia ocultado á la mirada penetrante del viejo emperador el natural perverso de aquel jóven, y le decía: *Tendrás todos los vicios de Sila, y ninguna de sus virtudes; ó bien: Es una serpiente que educo para el género hu-*